



BIBLIOTECA

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



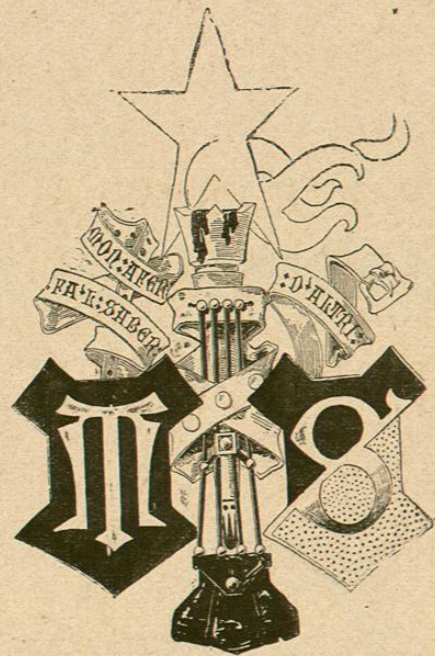
DES ESTADO DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA

13001

HISTORIA GENERAL

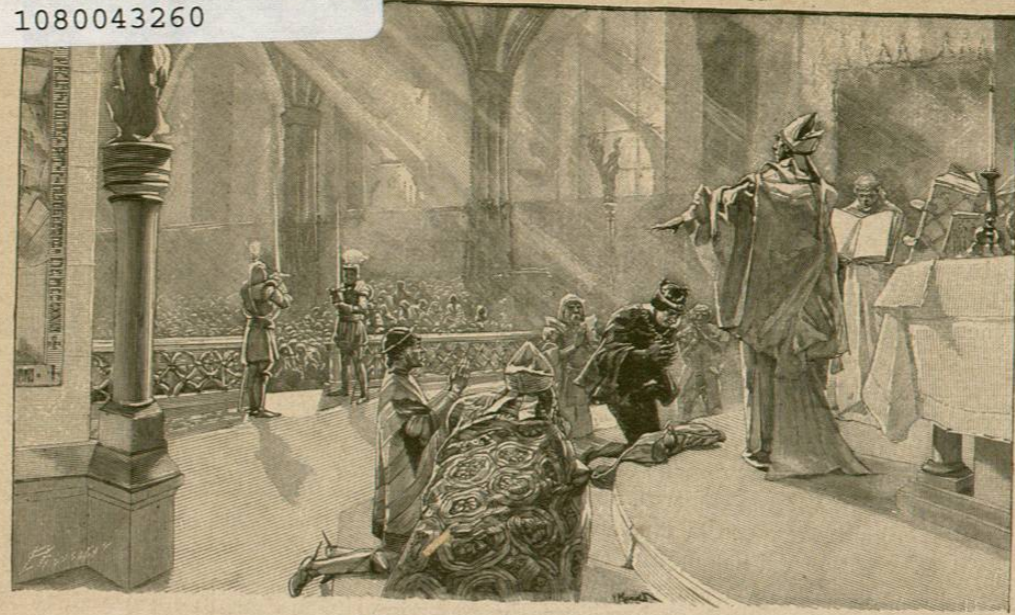
DE FRANCIA





1080043260

DC38
H4
v. 3



Consagración de Luis XI en Reims

EL REINADO DE LUIS XI Y EL GOBIERNO DE LOS BEAUJEU (1461-1492)

POR C. PETIT-DUTAILLIS, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE LILLA

CAPÍTULO PRIMERO

LUIS XI.—PRIMEROS AÑOS DEL REINADO (1)

I. Muerte de Carlos VII y advenimiento de Luis XI.—II. Luis X, y personas que le rodeaban.—III. Primeros actos de Luis XII 1461-1464.

I.—Muerte de Carlos VII y advenimiento de Luis XI (2)

Doloroso fué el fin de Carlos VII. El delfín, establecido en Genappe, perseveró en su actitud equívoca de heredero impaciente por heredar y que resistió en absoluto á la voluntad paterna. En Italia declaróse partidario de Fernando de Aragón contra la casa de Anjou, y de Sforza contra la de Orleans, y se regocijó al ver que por segunda vez éran arrojadas de Génova las tropas de Carlos VII. En España firmó un tratado de alianza con

D. Carlos porque Carlos VII apoyaba á Juan II (3). En Inglaterra declaróse en favor de la casa de York porque Carlos VII se mostraba favorable al partido de Enrique de Lancaster y de Margarita de Anjou; acogió con viva satisfacción la noticia de la caída de Enrique VI y del advenimiento de Eduardo de York (5 de marzo de 1461), y se unió al duque de Borgoña para impulsar al nuevo rey á que invadiera Francia. Sostenía misteriosas intrigas con ciertos «señores y príncipes del Imperio» y se hacía enviar memorias secretas por los mismos agentes que Carlos VII mandaba á Alemania. Al mismo tiempo escribía, como heredero

1461
tomo II. Juan Maupoint, *Journal*, edición Fagniez, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», tomo IV, 1877. Juan de Roye, *Journal (Chronique Scandaleuse)*, edición B. de Mandrot, tomo I, 1894. Jacobo Du Clercq, *Mémoires*, edición de Reiffenberg, tomo III, 1836. *Fragment d'une Chronique du règne de Louis XI*, edición Coulon, «Mélanges de l'Ecole de Rome», 1895. Tomás Basin, *Histoire de Charles VII, Histoire de Louis XI, Apologie*, en los tomos I, II y III de sus *Oeuvres*, edición Quicherat, 1855-57. Oliverio de La Marche, *Mémoires*, edición Beaune y d'Arbaumont, tomo II, 1884. Relaciones de la entrada de Luis XI en París publicadas en: «*Messenger des sciences historiques de Belgique*,» 1861; «*Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris*,» tomo XXIII, 1896 (con un artículo de C. Couderc); «*Archivio storico italiano*,» quinta serie, tomo XXI, 1898.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Fuera del relato de Michelet (en la *Histoire de France*, libros XIII á XVII; trabajo de exposición notable, pero anticuado y hoy insuficiente), no hay una buena historia de Luis XI: las obras de Pedro Matthieu (1610), Daclous (1745) y U. Legeay (1874) merecen poca confianza; en cuanto á la colección relativa á Luis XI, formada por el benedictino Legrand («*Bibliothèque Nationale, Fonds Français*,» n.º 6.960 á 6.990) contiene en sus tres primeros tomos una historia mediocre del reinado, que ha sido á menudo explotada sin espíritu crítico.

(2) FUENTES.—*Lettres de Louis XI*, edición Charavay y Vaesen, tomos I y II, 1883-1885. Chastellain, *Chronique y Entrée du Roy Loys en nouveau règne*, en los tomos III, IV y VII de sus *Oeuvres*, edición Kervyn de Lettenhove, 1864-1865. Marcial de Auvergne, *Les Vigilles de Charles VII*, edición Coustelier, 1724.

OBRAS DE CONSULTA.—Du Fresne de Beaucourt, *Histoire de Charles VII*, tomo VI, 1891. Courteault, *Gaston IV*, 1895. Doctor Cabanés, *Les morts mystérieuses de l'Histoire*, 1901. Respecto de los funerales de Carlos VII: R. de Belleval, *Nos pères*, 1879.
(3) Acerca de las cuestiones de España é Italia, véase el tomo II, págs. 763 y siguientes.

del trono, á los consejeros del Parlamento de París y de la Cámara de las Cuentas y á los ciudadanos, que con ello se mostraban pasmados y perplejos, y como delfín, daba órdenes al Parlamento de Grenoble y destituía al gobernador del Delfinado porque había hecho acto de sumisión á Carlos VII. ¿Intervino Luis en las intrigas de la corte y en las conspiraciones incesantes que turbaron los últimos años del reinado de su padre? No existen pruebas que permitan afirmarlo; lo que sí es cierto, por lo menos, es que el delfín logró hacerse suyos á algunos de los personajes que rodeaban á Carlos VII.

Otros consejeros, que permanecieron fieles al rey, pensaban con inquietud en la suerte que les esperaba y en voz baja se decían que sería conveniente, en interés de la corona, desheredar á Luis en provecho de Carlos, su hermano menor. Carlos VII, sin embargo, no quiso dar oídos á tales insinuaciones, con la esperanza de poder vencer la obstinación del delfín; pero éste no quería regresar á Francia más que como rey. Luis sabía que su padre no llegaría á viejo. El rey estaba enfermo desde 1457 «y se le atribuía un mal incurable en una pierna, que manaba siempre y arrojaba materias incesantemente.» El delfín, que, al decir de Chastellain, parecía «consumirse en espera de la hora prometida,» tenía espías que le informaban de los progresos de la enfermedad y obtenía de astrólogos bien pagados la seguridad de que «el rey no podría escapar sin muerte.» En el mes de julio de 1461, Carlos VII tuvo un flemón en la boca y probablemente también un reblandecimiento cerebral, y falleció en 22 del propio mes, convencido de que su hijo le había hecho envenenar. El médico Adán Fumée, que fué arrestado y encarcelado durante la enfermedad del rey, hará una fortuna brillante en el reinado de Luis; mas de esto sólo hemos de deducir que era uno de los agentes de información del delfín. En cuanto á las sospechas que inspiró la actitud de Adán Fumée, estuvieron sin duda alguna desvirtuadas de todo fundamento; la gente de aquel entonces veía envenenamientos en todas partes. No fué aquella la única vez que Luis XI con su cinismo, con su costumbre de espiarlo todo y su impaciencia por ver morir á los que le estorbaban, dió pie para que le calumniasen.

Desde el día 17 de julio, los consejeros que se encontraban en la corte habían participado al delfín el estado desesperado del rey; en vista de lo cual Luis salió inmediatamente de Genappe y estableció su residencia cerca de la frontera, en Avesnes, ordenando á sus partidarios que estuvieran preparados para reunirse en la Champaña. El príncipe no sabía cómo sería recibido en Francia, y Felipe el Bueno, cuyo mayor deseo era obrar como protector, puso en pie de guerra «un ejército terrible y maravillosamente grande;» mas apenas hubo fallecido Carlos VII, Luis XI vió acudir á Avesnes al duque de Borbón, á un gran número de señores y prelados, á los delegados del Parlamento y de la Universidad de París y á multitud de capitanes y funcionarios: fué aquello un desfile de gentes que llegaban á caballo, en carro ó en litera para prestarle obediencia. Luis XI, bastante tranquilizado ya, suplicó á Felipe el Bueno que llevara únicamente cuatro mil jinetes y partió para Reims en los primeros días del mes de agosto, porque

«se consumía y ardía en impaciencia por ponerse en marcha.»

Las fiestas de la coronación fueron espléndidas; costeadas por la prodigalidad de Felipe el Bueno, vinieron á ser la apoteosis del duque de Borgoña. El 13 de agosto, mientras Luis XI permanecía en los alrededores de Reims, en la abadía de Saint-Tierry, el duque hizo su entrada en la ciudad de la consagración, y por orden de Luis, que se mostraba humildísimo con su «tío político,» el arzobispo y los magistrados de la ciudad entregaron las llaves de ésta á Felipe el Bueno, el cual mandó por delante ciento cuarenta carros cargados de oro acuñado, de preciosa vajilla y de vinos de Borgoña, y manadas de bueyes y de carneros destinados á los banquetes, «porque el rey para aquella solemne celebración no tenía ni vajilla ni nada más que lo que su tío, el duque de Borgoña, le prestó y entregó.» Al día siguiente, Felipe fué á buscar al rey, acompañado de los señores borgoñones que vestían trajes de tistí de oro y de plata y llevaban sillas guarnecidas de oro y cadenas del mismo metal á guisa de bridas. El 15 de agosto fué consagrado Luis, dirigiendo la ceremonia, en su calidad de decano de los pares de Francia, Felipe el Bueno, el cual ciñó la corona en la cabeza del nuevo rey.

Lo mismo que en Reims, Luis XI dejó que el duque entrara en París algunos días antes que él: Felipe el Bueno salió de la capital para regresar á ella con el rey, en 31 de agosto. El gran duque de Occidente, de quien se decía que llevaba un traje de 400.000 escudos, y los fastuosos señores de su séquito, llamaron la atención del público; y en el barrio de los mercados, la corporación de los matarifes, famosa en otro tiempo por su fervor borgoñón, no pudo contener sus transportes de alegría: «Oh franco y noble duque de Borgoña, gritó uno de ellos, sed bien venido á la ciudad de París; mucho tiempo hace que no habéis estado en ella, en donde tanto se os ha deseado.» Durante un mes y medio, Felipe el Bueno colmó á los parisienses de fiestas, torneos y regalos, y los ciudadanos desfilaban por su palacio con la boca abierta, admirando «el gran salón cubierto de tapices tejidos con hilo de oro que representaban episodios del misterio de Gedeón,» ó bien la inmensa tienda de campaña de terciopelo negro bordado, que comprendía un cuarto, un ropero, un oratorio y una capilla.

El historiógrafo ducal, Jorge Chastellain, celebró aquellas jornadas en una «Alegoría mística» sobre los pastores que se dirigieron á Belén: María, dice, es la casa de Francia; Belén es París; José, «el duque de Borgoña conservador del niño á quien, á fuer de humilde servidor de su dignidad, ha administrado lealmente y albergado en las entrañas de su corazón.» Pero «el niño» había nacido ingrato y el desencanto de los borgoñones fué rápido. «Aquel rey Luis, sobresaliente de mendicidad en plenitud de deseo, sin término medio,» demostró desde luego que quería ser amo en su casa, y muy cortésmente se negó á conferir empleos á los candidatos patrocinados por el buen duque. «Monseñor, preguntaron á Felipe, ¿cómo os va en París? ¿Cómo os gusta?—No sé, respondió entonces el duque, me gusta tanto, que quisiera estar fuera.» Y se fué en 30 de septiembre. El 24, Luis, impaciente por reinar, se había marchado á Turena.

II.—Luis XI y personas que le rodearon (1)

Luis XI, á su advenimiento al trono, contaba treinta y ocho años. Hijo del valetudinario Carlos VII, nieto del loco Carlos VI y biznieto del pálido y enfermizo Carlos V, el nuevo rey tenía un aspecto desagradable y débil: su rostro, en el que brillaban unos ojos de penetrante mirada, estaba afeado por una nariz corcoba y desmesuradamente larga; sus piernas eran delgadas y deformes y su paso torpe. Vestía con sencillez suma y cubría su cabeza con un gorro de peregrino sin más adorno que una medalla santa de plomo. Dice Chastellain que cuando entró en Abbeville en compañía del fastuoso Felipe el Bueno, «las gentes sencillas, que nunca habían visto al rey, quedaron maravilladas de su porte y dijeron en alta voz: ¡Benedicite! ¿Y es este un rey de Francia, el rey más grande del mundo? El caballo y el traje que lleva no valen en junto veinte francos.»

En su vida privada sólo buscaba su comodidad: no quiso vivir en el Louvre y se hizo disponer en París el palacio de las Tournelles; pero residió preferentemente en Turena, en Amboise, ó en el castillo fortificado que se mandó construir cerca de Tours, en el Plessis, y que era de vastas proporciones y risueño aspecto, habiendo adoptado minuciosas precauciones para hacer del Plessis-les-Tours una residencia segura, sana y agradable.

Por otra parte, Luis XI no residía largas temporadas en parte alguna. El médico astrólogo Choinet, que, por orden suya, compuso el tratado del *Rozier des Guerres*, escribía: «El príncipe debe preocuparse del estado de su pueblo y visitarlo tan á menudo como un buen jardinero visita su jardín.» Este fué uno de los principios á que ajustó su conducta Luis XI, el cual quería «tener conocimiento de todo y de todos.» Sus cartas, sus cuentas, las crónicas, los despachos de los embajadores italianos, nos lo presentan en perpetuo viaje: pónese en

(1) FUENTES.—*Lettres de Louis XI*, publicadas por J. Vaesen, tomos II á VIII, 1885-1901 (la publicación llega actualmente hasta el año 1480). Cuentas de Luis XI, publicadas por L. Douet d'Arcy, *Comptes de l'Hôtel des rois de France*, 1865, y por L. Palustre y el P. Bosseboeuf en el «Bulletin de la Société archéologique de Touraine,» tomo II, 1873, y tomo XII, 1899. Proceso de divorcio de Luis XII y proceso del mariscal de Gié, por R. De Maulde, *Procédures politiques du règne de Louis XII*, 1885. Despachos de embajadores, publicados por Kervyn de Lettenhove, *Lettres et négociations de Philippe de Comynnes*, tomo I, 1867. Relación de viaje de Leo de Rozmital, «Bibliothek des literarischen Vereins,» tomo VII, 1844. Comynnes, *Mémoires*, edición de B. de Mandrot, tomo I, 1902 (único tomo publicado en la actualidad, relativo á los años 1464-1477; para los años 1477-1483, edición de Mlle. Dupont, tomo II, 1843). Crónicas ya citadas de Chastellain, Juan de Roye (con las interpolaciones de Juan Le Clerc, publicadas en el tomo II de la edición de B. de Mandrot), Jacobo Du Clercq, Maupoint, Tomás Basin (véanse los fragmentos inéditos de T. Basin, publicados por L. Delisle, «Notices et extraits des Manuscrits,» tomo XXXIV, segunda parte, 1895).

OBRAS DE CONSULTA.—Gandillon, *La vie privée et la cour de Louis XI*, «Thèses de l'Ecole des Chartes,» 1901 (manuscrito comunicado por el autor). Ariel Mouette (P. Bosseboeuf), *Dix ans à Tours sous Louis XI*, 1890. H. Séé, *Louis XI et les villes*, 1891. Bricard, *Jean Bourré*, 1893. R. De Maulde, *Jeanne de France*, 1883. *Histoire de Louis XII*, tomos I y II, 1889-1890. *La Diplomatie au temps de Machiavel*, 1892-1893. Marchegay, *Louis XI, M. de Taillebourg et M. de Maigné, y La rançon d'Olivier de Coëtivy*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» cuarta serie, tomo I, 1855, y tomo XXXVIII, 1877. Chazaud, *Mariage de Pierre de Beaujeu*, «Bulletin de la Société d'émulation de l'Allier,» tomo XI, 1870.

camino al salir el sol, con cinco ó seis íntimos, vestidos todos, «él y sus compañeros, de burdos paños grises, toscamente, á modo de peregrinos,» siguiéndoles á cierta distancia los arqueros y los bagajes. Va montado en una «buena mula que anda despacio» ó bien viaja en barca; prohíbe que le sigan y con frecuencia ordena que se cierren las puertas de la ciudad de donde sale ó que se destruya un puente por donde ha pasado. Los embajadores, que tienen orden de verle á toda costa, han de atravesar á veces la Francia antes de lograr una entrevista, á menos de que él tenga interés en hablarles.



Medalla de Luis XI. (Gabinete Numismático de Berlín.)

En algunas ocasiones concede audiencia «en una pequeña cabaña de aldeano muy miserable,» y en las poblaciones por donde pasa, alójase en el domicilio de algún ciudadano ó funcionario. A fin de evitar los discursos y las recepciones, llega de improviso por alguna callejuela, y si no tiene más remedio que soportar una «entrada» solemne, pide que á lo menos «no se le reciba con demasiada pompa.» La ciudad de Tours hizo grandes preparativos para festejar su primera visita y el pintor Fouquet recibió el encargo de presentar un proyecto con su presupuesto; pero habiendo querido informarse el baile de Turena de si «serían agradables al rey» representaciones de misterios, Luis XI respondió «que no hallaba en ellas placer alguno (2).»

Ningún príncipe ha mostrado como éste tanta aversión á las ceremonias, bailes, banquetes y torneos, así es que los jóvenes y las damas aburríanse grandemente en su corte. Únicamente encargaba que se dispusieran fiestas cuando quería dispensar una gran acogida á un príncipe ó á una embajada. Sus placeres eran los de un modesto hidalgo: gustábele comer fuera de su casa, y el embajador Cagnola refiere, con cierta sorpresa, que en Tours vió al rey después de la misa comer en una taberna cercana al mercado que ostentaba la muestra de San Martín. También solía invitarse con mucha frecuencia en casa de sus amigos, por lo general pequeños no-

(2) Respecto de las entradas de Luis XI en las ciudades, véanse las memorias de Marchegay, «Bulletin de la Société industrielle d'Angers,» tomo IX, 1858. Dorange, «Bulletin de la Société archéologique de Touraine,» tomo V, 1880-1882. A. Benet, «Bulletin de la Société d'Histoire de Normandie,» tomo VII, 1893-1895.